



Edgar Allan Poe
Los hechos en
el caso del
Señor
Valdemar



**Libro descargado en www.elelandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!**

LOS HECHOS EN

EL CASO DE

M. VALDEMAR

Edgar Allan Poe

Desde luego que no fingiré estar asombrado ante el hecho de que el extraordinario caso de M. Valdemar haya excitado tanto la discusión.

Habría sido un milagro que así no fuese, especialmente debido a sus circunstancias. A causa del deseo de todos los interesados de ocultar el asunto del público, al menos por ahora, o hasta que tuviéramos nuevas oportunidades de investigación —a través de nuestros esfuerzos al efecto—, una relación incompleta o exagerada se ha abierto camino entre la gente y se ha convertido en la fuente de muchas interpretaciones falsas y desagradables y, naturalmente, de un gran escepticismo.

Ahora se ha hecho necesario que yo dé cuen-

ta de los *hechos*, tal como yo mismo los entiendo. Helos sucintamente aquí:

En estos tres últimos años, mi atención se vio repetidamente atraída por el mesmerismo; y hace aproximadamente nueve meses que de

pronto se me ocurrió que, en la serie de experiencias realizadas hasta ahora, había una im-

portante e inexplicable omisión: nadie había sido aún mesmerizado *in articulo mortis*. Hacia falta saber, primero, si en tal estado existía en el paciente alguna receptividad a influencia

magnética; segundo, si en caso existir, era ésta disminuida o aumentada por su condición;

tercero, hasta qué punto, o por cuánto tiempo, podría la invasión de la muerte ser detenida por la operación. Había otros puntos por com-probar, pero éstos excitaban en mayor grado mi curiosidad, especialmente el último, por el importantísimo carácter de sus consecuencias.

Buscando en torno mío algún sujeto que pu-

diese aclararme estos puntos, pensé en mi ami-go M. Ernest Valdemar, el conocido compilador de la *Bibliotheca Forensica*, y autor (bajo el *nom de plume* de Issachar Marx) de las visiones pola-cas de *Wallenstein* y *Gargantua*.

M. Valdemar, que residía principalmente en

Harlem, Nueva York, desde el año 1839, llama (o llamaba) particularmente la atención por su extrema delgadez (sus extremidades inferior se

asemejaban mucho a las de John Randolp y también por la blancura de sus patillas, que contrastaban violentamente con la negrura de su cabello, el cual era generalmente confundido con una peluca. Su temperamento era singularmente nervioso, y hacía de él un buen sujeto para la experiencia mesmérica. En dos o tres ocasiones, yo había conseguido dormirle sin

mucha dificultad, pero me engañaba en cuanto a otros resultados que su peculiar constitución me habían hecho naturalmente anticipar. Su

voluntad no quedaba positiva ni com-

pletamente sometida a mi gobierno, y por lo

que respecta a la *clairvoyance*, no pude obtener de él nada digno de relieve. Siempre atribuí mi fracaso en estos aspectos al desorden de su

edad. Unos meses antes de conocerle, sus

médicos le habían diagnosticado una tisis. En realidad, tenía la costumbre de hablar tranquilamente de su próximo fin, como de un hecho

que no podía ser ni evitado ni lamentado.

Cuando se me ocurrieron por primera vez las ideas a que he aludido, es natural que pensase en M. Valdemar. Conocía demasiado bien

su sólida filosofía para temer algún escrúpulo por su parte, y él carecía de parientes en Amé-

rica que pudieran oponerse. Le hablé franca-

mente del asunto, y, con sorpresa por mi parte, su interés pareció vivamente excitado. Digo con sorpresa por mi parte porque, aunque siempre se había prestado amablemente a mis experiencias, nunca me había dado con anterioridad la menor señal de simpatía hacia ellas. Su enfermedad era de las que permiten calcular con

exactitud la época de la muerte, y al fin convinimos en que me mandaría a buscar unas

veinticuatro horas antes del término fijado por los médicos para su fallecimiento.

Hace ahora más de siete meses que recibí del propio M. Valdemar la nota siguiente:

Querido P...

Puede usted venir ahora. D... y F... están de acuerdo en que no puedo pasar de la media noche de

mañana, y creo que han acertado la hora con bastante aproximación.

Valdemar

Recibí esta nota a la media hora de haber sido escrita, y quince minutos

después me hallaba en la habitación del moribundo. No le había visto hacía diez días, y me asustó la terrible alteración que en tan breve intervalo se había operado en él. Su rostro tenía un color plomizo; sus ojos carecían totalmente de brillo y su delgadez era tan extrema que los pómulos le hab-

ían agrietado la piel. Su expectoración era excesiva, y el pulso era apenas perceptible. Sin embargo, conservaba de un modo muy notable

todo su poder mental y cierto grado de fuerza física. Hablaba con claridad, tomaba sin ayuda algunas drogas calmantes, y, cuando entré en la habitación, se hallaba ocupado escribiendo notas en una agenda. Estaba sostenido en el lecho por almohadas. Los doctores D... y F... le atend-

ían.

Después de estrechar la mano de Valdemar llevé aparte a estos señores, que me explicaron minuciosamente el estado del enfermo. Hacía

ocho meses que el pulmón izquierdo se hallaba en un estado semióseo o cartilaginoso, y era, por tanto, completamente inútil para toda función vital. El derecho, en su parte superior estaba también parcialmente, si no todo, osificado, mientras que la región inferior era simplemente una masa de tubérculos purulentos que pene-traban unos en otros. Existían diversas perforaciones profundas, y en un punto una adheren-

cia permanente de las costillas. Estos fenómenos del lóbulo derecho eran de fecha relativamente reciente. La osificación se había desarrollado con una rapidez desacostumbrada; un

mes antes no se había descubierto aún ninguna señal, y la adherencia sólo había sido observada en los tres últimos días. Independientemente de la tisis, se sospechaba que el paciente sufría un aneurisma de la aorta; pero, sobre este punto, los síntomas de osificación hacían imposible

una diagnosis exacta. La opinión de ambos médicos era que M. Valdemar moriría aproximadamente a la medianoche del día siguiente, domingo. Eran entonces las siete de la tarde del sábado.

Al abandonar la cabecera del enfermo para

hablar conmigo, los doctores D... y F... le habían dado su último adiós. No tenían intención de volver, pero, a petición mía, consintieron en ir a ver al paciente sobre las diez de la noche.

Cuando se hubieron marchado, hablé libre-

mente con M. Valdemar de su próxima muerte,

así como, más particularmente, de la experiencia propuesta. Declaró que estaba muy anima-

do y ansioso por llevarla a cabo, y me urgió para que la comenzase acto seguido. Un enfermero y una enfermera le atendían, pero yo no me sentía con libertad para comenzar un experimento de tal carácter sin otros testigos más dignos de confianza que aquella gente, en caso de un posible accidente súbito. Retrasé, pues, la operación hasta las ocho de la noche siguiente,

pero la llegada de un estudiante de Medicina, con el que me unía cierta amistad (Mr. Theodo-re L...), me hizo desechar esta preocupación. En un principio, había sido mi propósito esperar por los médicos; pero me indujeron a comenzar, primero, los ruegos apremiantes de M.

Valdemar, y, segundo, mi convicción de que no había instante que perder, ya que era evidente que agonizaba con rapidez

Mister L... fue tan amable que accedió a mi

deseo y se encargó de tomar notas de cuanto

ocurriese; así, pues, voy a reproducir ahora la mayor parte de su memorándum, condensado

o copiado *verbatim*.

Eran aproximadamente las ocho menos cinc-

o cuando, tomando la mano del paciente, le

rogué que confirmase a Mr. L.. , tan claro como pudiera, cómo él, M. Valdemar, estaba enteramente dispuesto a que se realizara con el una experiencia mesmérica en tales condiciones.

Él replicó, débil, pero muy claramente:

—Sí, deseo ser mesmerizado —añadiendo inmediatamente—: Temo que lo haya usted

retrasado demasiado.

Mientras hablaba, comencé los pases que ya

había reconocido como los más efectivos para adormecerle. Evidentemente, sintió el influjo del primer movimiento lateral de mi mano a

través de su frente; pero por más que desplegaba todo mi poder, no se produjo ningún otro

efecto más perceptible hasta unos minutos después de las diez, cuando los doctores D... y F...

llegaron, de acuerdo con la cita. Les explique en pocas palabras lo que me proponía, y como

ellos no pusieran ninguna objeción, diciendo que el paciente estaba ya en la agonía, continué sin vacilar, cambiando, sin embargo, los pases laterales por pases de arriba abajo y concentrando mi mirada en el ojo derecho del enfermo. Durante este tiempo, su pulso era imperceptible y su respiración estertórea, interrumpida a intervalos de medio minuto.

Este estado duró un cuarto de hora sin ningún cambio. Transcurrido este período, no obstante, un suspiro muy hondo, aunque natural, se escapó del pecho del moribundo, y cesaron los estertores, es decir, estos no fueron perceptibles; los intervalos no habían disminuido. Las extremidades del

paciente tenían una frialdad de hielo.

A las once menos cinco noté señales inequí-

vocas de la influencia mesmérica. El vidrioso girar del ojo se había trocado en esa penosa expresión de la mirada *hacia dentro* que no se ve más que en los casos de sonambulismo, y acerca de la cual es imposible equivocarse.

Con

algunos rápidos pases laterales, hice que pal-pitaran sus párpados, como cuando el sueño

nos domina, y con unos cuantos más conseguí

cerrarlos del todo. Sin embargo, no estaba sa-tisfecho con esto, y continué vigorosamente mis manipulaciones, con la plena tensión de la voluntad, hasta que conseguí la paralización completa de los miembros del durmiente, después

de haberlos colocado en una postura aparen-temente cómoda. Las piernas estaban exten-

didias, así como los brazos, que reposaban en la cama a regular distancia de los riñones. La ca-beza estaba ligeramente levantada.

Cuando llevé esto a cabo, era ya mediano-

che, y rogué a los señores presentes que exami-naran el estado de M. Valdemar. Tras algunas experiencias, admitieron que se hallaba en un estado de catalepsia mesmérica, insólitamente perfecto. La curiosidad de ambos médicos estaba muy excitada. El doctor D... decidió de pronto permanecer toda la noche junto al paciente, mientras el doctor F... se despidió, pro-metiéndolo volver al rayar el alba. Mr. L... y los enfermeros se quedaron.

Dejamos a M. Valdemar completamente

tranquilo hasta cerca de las tres de la madrugada; entonces me acerqué a él y

le hallé en idéntico estado que cuando el doctor F... se había marchado, es decir, que yacía en la misma -

posición... el pulso era imperceptible; la respi-

ración, dulce, sensible únicamente si se le aplicaba un espejo ante los labios; tenía los ojos cerrados naturalmente, y los miembros tan

rígidos y tan fríos como el mármol. Sin embargo, su aspecto general no era ciertamente el de la muerte.

Al aproximarme a M. Valdemar hice una es-

pecie de ligero esfuerzo para obligar a su brazo a seguir el mío, que pasaba suavemente de un lado a otro sobre él. Tales experiencias con este paciente no me habían dado antes ningún resultado, y seguramente estaba lejos de pensar que me lo diese ahora; pero, sorprendido su

brazo siguió débil y suavemente cada dirección que le señalaba con el mío. Decidí intentar una breve conversación.

—M. Valdemar —dije—, ¿duerme usted?

No contestó, pero percibí un temblor en la

comisuras de sus labios, y esto me indujo a repetir la pregunta una y otra vez. A la tercera, su cuerpo se agitó por un levísimo estremecimiento; los párpados se abrieron, hasta descubrir

una línea blanca del globo; los labios se movieron lentamente, y a través de ellos, en un murmullo apenas perceptible, se escaparon estas palabras:

—Sí..., ahora duermo. ¡No me despierten!

¡Déjenme morir así!

Toqué sus miembros, y los hallé tan rígidos

como siempre. El brazo derecho, como antes,

obedecía la dirección de mi mano. Volví a pre-guntar al sonámbulo:

—¿Le duele a usted el pecho, M. Valdemar?

Ahora, la respuesta fue inmediata, pero aún

menos audible que antes.

—No hay dolor... ¡Me estoy muriendo!

No creí conveniente atormentarle más por el

momento, y no se pronunció una sola palabra

hasta la llegada del doctor F..., que se presentó poco antes de la salida del sol, y que expresó un ilimitado asombro al hallar todavía vivo al paciente.

Después de tomarle el pulso y de apli-carle un espejo sobre los labios, me rogó que

volviese a hablarle al sonámbulo. Así lo hice, preguntándole:

—M. Valdemar, ¿duerme aún?

Como anteriormente pasaron unos minutos

antes de que respondiese, y durante el intervalo el moribundo pareció hacer acopio de energías para hablar. Al repetirle la pregunta por cuarta vez, dijo débilmente, casi de un modo inaudible:—Sí, duermo.. Me estoy muriendo.

Entonces los médicos expresaron la opinión,

o, mejor, el deseo de que se permitiese a M.

Valdemar reposar sin ser turbado, en su actual estado de aparente tranquilidad, hasta que so-breviniese la muerte, lo cual, añadieron unánimemente, debía ocurrir al cabo de pocos minutos. Decidí, no obstante,

hablarle una vez más, y repetí simplemente mi anterior pregunta.

Mientras yo hablaba, se operó un cambio os-

tensible en la fisonomía del sonámbulo. Los

ojos giraron en sus órbitas y se abrieron lentamente, y las pupilas desaparecieron hacia

arriba; la piel tomó en general un tono cadavé-

rico, asemejándose no tanto al pergamino como al papel blanco, y las manchas héticas circulares, que hasta entonces se señalaban vigorosamente en el centro de cada mejilla, *se extinguieron* de pronto. Empleo esta expresión porque la rapidez de su desaparición en nada me hizo

pensar tanto como en el apagarse una vela de un soplo. El labio superior, al mismo tiempo, se retorció sobre los dientes, que hasta entonces había cubierto por entero, mientras la mandí-

bula inferior caía con una sacudida perceptible, dejando la boca abierta y descubriendo la lengua hinchada y negra. Imagino que todos los

presentes estaban acostumbrados a los horrores de un lecho mortuario; pero el aspecto de M.

Valdemar era en este momento tan espantoso,

sobre toda concepción, que todos nos aparta-

mos de la cama.

Noto ahora que llego a un punto de esta na-

rración en el que cada lector puede alarmarse

hasta una positiva incredulidad. Sin embargo, sólo es de mi incumbencia continuar.

Ya no había en M. Valdemar el menor signo

de vitalidad y, convencidos de que estaba

muerto, íbamos a dejarlo a cargo de los enfermeros cuando se observó en la lengua un fuerte movimiento vibratorio, que continuó tal vez

durante un minuto. Cuando hubo acabado, de

las mandíbulas separadas e inmóviles salió una voz que sería locura en mí tratar de describir.

Hay, no obstante, dos o tres epítetos que podr-

ían considerarse aplicables en parte; podría decir, por ejemplo, que el sonido era áspero, roto y cavernoso, pero el odioso total es indescriptible, por la simple razón de que ningún sonido semejante ha llegado jamás al oído humano. Había, sin embargo, dos particularidades que me hacían pensar entonces, y aun ahora,

que podían ser tomadas como características de la entonación y dar alguna idea de su peculiaridad ultraterrena. En primer lugar; la voz parecía llegar a nuestros oídos —al menos a los

míos— desde una gran distancia o desde alguna profunda caverna subterránea. En segundo

lugar, me impresionó (temo, ciertamente, que me sea imposible hacerme comprender) como

las materias gelatinosas o glutinantes impresionan el sentido del tacto.

He hablado a la vez de “sonido” y de “voz”.

Quiero decir que en el sonido se distinguían las sílabas con una maravillosa y estremecedora

claridad. M. Valdemar *hablaba*, evidentemente, en respuesta a la pregunta

que le había hecho pocos minutos antes. Yo le había preguntado, como se recordará, si aún dormía. Ahora dijo:

—Sí... No... *He estado dormido...*, y ahora..., ahora... *estoy muerto*.

Ninguno de los presentes trató de negar o siquiera reprimir el inexpresable, el estremecedor espanto que estas pocas palabras, así pronunciadas, nos produjo. Mr. L..., el estudiante, se desmayó. Los enfermeros abandonaron inmediatamente la estancia, y fue imposible hacerlos regresar. No pretendo siquiera hacer compren-

sibles al lector mis propias impresiones. Durante cerca de una hora nos ocupamos silenciosamente —sin que se pronunciase un sola pala-

bra— en que Mr. L... recobrar el conocimiento.

Cuando volvió en sí, volvimos a investigar el estado de M. Valdemar. Permanecía, en todos

los aspectos, tal como lo he descrito últimamente, con la excepción de que el espejo ya no indicaba la menor señal de respiración. Fue vano un intento de sangría en el brazo. Debo decir, asimismo, que este miembro ya no estaba sujeto a mi voluntad. Me esforcé vanamente en

hacerle seguir la dirección de mi mano. La única indicación real de la influencia mesmérica se manifestaba ahora en el movimiento vibratorio de la lengua cada vez que hacía a M. Valdemar una pregunta. Parecía hacer un esfuerzo para responder, pero su voluntad no era bastante

duradera. Si cualquier otra persona que no fuese yo le dirigía una pregunta, parecía insensible, aunque yo intentase poner cada miembro

de esa persona en *relación* mesmérica con él.

Creo que he relatado ya todo lo necesario para comprender el estado del sonámbulo en este

periodo. Conseguimos otros enfermeros, y a las diez abandoné la casa en compañía de los dos médicos y de Mr. L...

Por la tarde volvimos todos a ver al paciente Su estado continuaba siendo exactamente el

mismo. Discutimos acerca de la oportunidad y la factibilidad de despertarlo; pero estuvimos fácilmente de acuerdo en que ningún buen propósito serviría para lograrlo. Era evidente que, hasta entonces, la muerte (o lo que usualmente se denomina muerte) había sido detenida por el proceso mesmérico. A todos nos parecía claro que despertar a M. Valdemar sería simplemente asegurar su instantáneo o al menos rápido fallecimiento.

Desde este período hasta el fin de la última semana —*un intervalo de cerca de siete meses*—, continuamos yendo diariamente a casa de M.

Valdemar, acompañados, unas veces u otras,

por médicos y otros amigos. En todo este tiem-

po, el sonámbulo permanecía *exactamente* como lo he descrito por último. La vigilancia de los enfermeros era continua.

Fue el último viernes cuando, finalmente,

decidimos llevar a cabo el experimento de despertarlo o al menos de tratar de hacerlo; y es acaso el deplorable resultado de esta última experiencia lo que ha promovido tantas discusiones en los círculos privados; tantas, que no puedo atribuir las sino a una injustificada credulidad popular.

Con el propósito de liberar a M. Valdemar

de su estado mesmérico, empleé los pases acostumbrados. Durante algún tiempo, éstos no

dieron resultado. La primera señal de que re-vivía fue un descenso parcial del iris. Se observó, como especialmente interesante, que este descenso de la

pupila fue acompañado del

abundante flujo de un licor amarillento (por debajo de los párpados) de un olor acre y muy desagradable.

Me sugirieron entonces que tratase de influir en el brazo del paciente, como anteriormente.

Lo intenté, pero sin resultado. Entonces, el doctor D... insinuó el deseo de que le dirigiese una pregunta. Yo lo hice tal como sigue:

—M. Valdemar, ¿puede usted explicarme

cuáles son ahora sus sensaciones o sus deseos?

Instantáneamente, los círculos héticos vol-

vieron a las mejillas; la lengua se estremeció, o, mejor, giró violentamente en la boca (aún las mandíbulas y los labios continuaban rígidos

como antes), y por fin la misma horrible voz que ya he descrito exclamó con fuerza:

—¡Por el amor de Dios! ¡Pronto, pronto!

¡Duérmame o..., pronto..., despiérteme! ¡Pronto!

¡Le digo que estoy muerto!

Yo estaba completamente enervado, y por

un momento no supe qué hacer. Primero realicé un esfuerzo para calmar al paciente; pero, fracasando en esto por la ausencia total de la voluntad, volví sobre mis pasos y traté por todos los medios de despertarlo. Pronto vi que esta

tentativa tendría éxito, al menos había imaginado que mi éxito sería completo, y estaba seguro de que todos los que se encontraban en la

habitación se hallaban preparados para ver despertar al paciente.

Sin embargo, es imposible que ningún ser humano pudiese estar preparado para lo que realmente ocurrió.

Mientras hacía rápidamente pases mesméricos, entre exclamaciones de “¡Muerto, muerto!

que *explotaban* de la lengua y no de los labios del paciente, su cuerpo, de pronto, en el espacio de un solo minuto, o incluso de menos, se contrajo, se desmenuzó, se *podrió* completamente bajo mis manos. Sobre el lecho, ante todos los presentes, yacía una masa casi líquida de repugnante, de detestable putrefacción.

¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

Descubre nuestra colección de obras de dominio público en castellano en nuestra web